

Manuel Solís y Alfonso González: *La identidad mutilada*, Colección Instituto de Investigaciones Sociales, Editorial Universidad de Costa Rica, 1998, 274 páginas.

Se trata de dos destacados colegas de la Universidad de Costa Rica, ambos, investigadores del Instituto de Investigaciones Sociales. Manuel Solís es sociólogo, de reconocida trayectoria; Alfonso González, psicólogo, también tiene a su haber amplias publicaciones de reflexión en torno a un debate que nunca terminará: la identidad colectiva, en este terruño. Las circunstancias los llevaron a emprender un trabajo conjunto sobre un objeto que para muchos tenía -tiene- olor de santidad.

Precisamente, en su primer capítulo los investigadores analizan cómo fue la beatificación, poco menos, de Joaquín García Monge, tanto en el ámbito continental, como en lo local. Para mucha gente, tanto a la izquierda (con la imagen de un proto-"Che" costarricense) como de derecha (con la "serruchada" de piso en contra de su benemeritazgo), García Monge y su *Repertorio Americano* se habían transformado en una especie de tabú colectivo, intocable. Es precisamente una de las tesis a demostrar: "se incita a la veneración a la vez que se confirma un afán de negar lo disonante" (p. 35). Esta imagen ideologizada, del hombre y de su principal herencia, aquí se pone en entredicho, pero surgen el editor de carne y hueso y una revista que mantiene un inmenso interés.

El ejercicio en cuestión tiene, sin embargo, unas limitaciones y unos errores que no se pueden pasar por alto. Por de pronto está el hecho de que ellos, ex profeso se limitan a los primeros años del conjunto que abarca varias décadas. Nadie puede objetar este alcance temporal auto-impuesto. Pero allí surge precisamente el peligro de la distorsión al plantear, aunque sea involuntariamente, las conclusiones como válidas para todo el corpus del *Repertorio Americano*.

Los tres capítulos últimos, densos y complejos cada uno, pretenden desmenuzar el proceso

de gestación de la famosa publicación. Nuevamente aquí se extrapolan resultados sobre la muerte (la del autor y de la revista), a partir de una muestra inicial limitada. Se trata de una disección pruebas en mano, cierto, con abundante documentación y un escalpelo alternando en lo sociológico y lo psicológico. Muy bien. Pero las conclusiones tienen un carácter absolutista.

Los autores observan la legendaria "tijera" de don Joaquín, con su singular procedimiento selectivo, de colaboradores y de partes publicadas. Sin embargo, nuevamente hay una curiosa inversión: a partir de una manifiesta voluntad de consenso y de ofrecimiento de tribuna, los investigadores deducen un empeño voluntarista de lo anti-dialogal y a-histórico. Resulta un tanto cómodo juzgar a posteriori y reprochar ribetes reprochables a la publicación, partiendo de aportes de gente fascistoide y un tanto racista, como Lugones, de Maeztu y Jiménez Núñez, por ejemplo. Los años veinte y treinta fueron de una complejidad impresionante por lo que es no se le puede exigir a "Don Joaco" el don de la profecía. Pero intuición no le faltaba, y claro, tuvo que hacer concesiones, para empezar a consejeros como Brenes Mesén y Dengo que tampoco eran infalibles.

Se observa el trato, curioso, dado desde el principio a Mister Keith, representante de la transnacional bananera, pero que siendo hombre que ayudaba a la publicación, siempre (ver entre otros p. 50 y 82) sale librado de reproches en la publicación que se las daba de órgano anti-imperial. Es una limitación de hecho que sólo subraya lo quijotesco del empeño de García Monge. Estas situaciones se ve, en el estudio comentado, como que no siempre contribuyeron a una adecuada presentación y utilidad de un medio que,

sin embargo, se postulaba como de unión latinoamericana y de ideas progresistas. La ausencia de una voz editorial constituye si se quiere una auténtica automutilación, si se compara por ejemplo con el papel destacado al respecto de Mariátegui en *Amauta*, una revista un tanto paralela, pero ha de ser interpretado dentro del carácter reservado del editor. Pero por otro lado, don Joaco, tan conocedor de Martí, habría suscrito aquel aforismo de que su revista sería "ara y no pedestal", todo en beneficio de la patria grande.

Los autores detectan y prueban una voluntad de educador y de enseñanza política. Pero también se perfila una falta de definición doctrinaria e impositiva: inevitablemente, eso es producto de una opción editorial, máxime en una época tan confusa. Pero reprochar un resultado heterogéneo es exigir peras al olmo. Claro que hay ciertas líneas y aportes que dejan un tanto confuso. Es cuestión de contexto. Pero, ¿acaso los problemas de identidad, del papel de la mujer, etc. se han resuelto al final del siglo XX?

Al destapar estas "incongruencias" en la revista, tanto en lo sincrónico como en el eje diacrónico, Don Joaquín ciertamente sale despojado de un pedestal sobre el que todos lo habían (habíamos) colocado. Duro de roer resulta eso especialmente para filólogos y educadores. La argumentación, un tanto iconoclasta, es positiva, siempre y cuando no caiga en el mismo fundamentalismo que pareciera querer derrumbar. De allí que cabe tomar esa investigación como una invitación a la lectura y a seguir en el debate intelectual. Eso es lo principal.

Esta investigación contribuye, junto con otros cortes transversales que se le han hecho (sobre la presencia de Unamuno, lo utópico, lo genérico, lo filosófico, la relación con Francia, Bélgica, etc.), a continuar estudiando esta fuente desde tantos ángulos que faltan todavía, ojalá en perspectiva interdisciplinaria, como lo hacen los colegas.

Víctor Valembos